

ALGUNAS REFLEXIONES ACERCA DE LOS ACADÉMICOS

María Cristina PARRA-SANDOVAL¹

- RESUMEN: Una de las principales características de las Ciencias Sociales en los umbrales del siglo XXI es el rescate del sujeto. Desde esta perspectiva, adquiere relevancia el análisis de los académicos universitarios, como actores que “construyen” la institución en la cual desarrollan parte importante de su trayectoria social. El objeto de este trabajo es aproximarnos a la discusión teórica de la profesión académica y su especificidad, a partir de considerarla 1º como una ocupación o empleo; 2º que tal empleo depende de un salario establecido por la institución o por el Estado; 3º que esto además implica que los académicos deban organizarse para negociar los términos y las condiciones de su trabajo; y 4º que, a pesar de todas estas condiciones que podrían considerarse adversas, los académicos siguen manteniendo un control relativo sobre su trabajo. En América Latina, esta discusión debe ser planteada además, sin olvidar que las universidades de la región cuentan con una tradición específica, lo que para el caso de los académicos tiene un enorme peso a la hora de su definición como tales y como intelectuales públicos.
- PALABRAS-CLAVE: Académicos; profesión académica; universidad; disciplinas; cultura académica.

Introducción

Una de las principales características del momento de transición por el cual pasa la humanidad en los umbrales del siglo XXI es el rescate

¹ Departamento de Sociología – Facultad de Humanidades y Educación – La Universidad del Zulia (LUZ) – Maracaibo – Estado Zulia – Venezuela – E-mail: mparra@luz.ve.

del sujeto, tanto en su dimensión específicamente individual, como – lo que es más novedoso – desde su dimensión social, referida a las relaciones intersubjetivas, cargadas de saberes tanto como de emoción, entre los seres humanos.

Ello ha conducido a las ciencias sociales a un replanteamiento del punto de partida de sus análisis, lo que – entre otras cosas – supone volver la mirada hacia los protagonistas del “mundo de la vida”. En consecuencia, las unidades de análisis dejan de ser las estructuras o los sistemas como tales, para pasar a ser los hombres y mujeres de carne y hueso, que construyen la sociedad *en* y *con* su actividad cotidiana. Sin embargo, tal reconocimiento no subestima la importancia de las instituciones sociales, antes bien, entiende que ello implica “... una creciente interconexión entre los dos ‘extremos’ ...: las influencias universalizadoras, por un lado, y las disposiciones personales, por otro” (Giddens, 1995, p.9).

Comienza a hablarse entonces de nuevos actores, desplazando como centro de la discusión a las clases sociales – por ejemplo –, para destacar, por una parte, la importancia o el protagonismo de entidades socio-políticas como las mujeres, los niños, los indígenas y, en general, los que pertenecen al conjunto de “las personas olvidadas” (Wallerstein, 1996, p.5), también denominados – de manera un tanto eufemística – “minorías” y, por la otra, la relevancia del papel que juegan dentro de las instituciones las personas, quienes en su diario entrecruzamiento, les dan forma y contenido.

Tales cambios deben ser entendidos en el contexto del nuevo modo de producción del conocimiento, que ha trastocado los cimientos, no sólo de las ciencias sociales, sino de todos los saberes más o menos sistematizados y formalizados, los cuales constituyen sólo “... un subconjunto de conocimientos” (Lyotard, 1994, p.44) dentro de todo el cuerpo de conocimientos que posee la sociedad en un momento dado.

Son estas las condiciones que sirven de plataforma desde la cual adquiere relevancia el análisis de los académicos universitarios, como actores sociales que, en su cotidianeidad, “construyen” la institución en la cual desarrollan parte importante de su trayectoria social. Se trata de la universidad, institución “clave” en el desarrollo de las sociedades modernas e inserta de manera definitiva en la producción de conocimiento.

En tal sentido, el objeto de estas reflexiones es el de aproximarnos a la comprensión de estos actores sociales, como lo son los profesores universitarios o académicos, desde el punto de vista de lo que ha sido su conceptualización teórica.

La reflexión desde la teoría

A partir de los planteamientos brevemente expuestos antes – teniendo en mente que sólo con fines expositivos es posible establecer límites entre lo que puede ser considerado como básicamente teórico y su contextualización histórica –, expongo algunos antecedentes que permiten comprender lo que hoy llamamos académicos.

Breve incursión en la historia

Si bien el antecedente más preciso de lo que hoy conocemos como académicos lo podemos encontrar en el significado que el concepto de “los intelectuales” tuvo hacia finales del siglo XIX, también es cierto que ya durante la Ilustración, comenzó a identificarse así a aquellos que constituían la comunidad de pensadores responsables de ofrecer a y de la sociedad, tanto la crítica como la experticia.

Sin embargo, ello no resulta demasiado novedoso, si se toma en cuenta que esta tarea de realizar interpretaciones públicas de la realidad social se le atribuyó desde la antigüedad a un selecto grupo de hombres, llámese filósofos o grandes pensadores, formuladores de ideologías y discursos, así como legitimadores de sistemas de creencias, que de alguna manera respondían a las preguntas eternas acerca de quiénes somos y por qué vivimos (Gaarder, 1995), y explicaban las múltiples implicaciones que ello tiene en la vida social.

Así, desde los primeros filósofos Griegos, las sociedades siempre han contado con un cuerpo de pensadores que se han encargado de producir, sistematizar y difundir las ideas propias del momento, “... lo cual ha sido siempre una actividad manifiestamente social y política” (Ibidem, 1993). Tal actividad está presente con mayor o menor fuerza en las sociedades pre-industriales en la figura del intelectual tradicional, modesto, aunque reproductor de las relaciones de clase y de poder, desde su posición como escritor, religioso, filósofo o artista, cuyo trabajo no tenía nada que ver con las fuerzas del mercado (Ibidem), aunque sí con el origen y desarrollo de la universidad medieval (Perkin, 1987).

Esta figura tradicional cambia con la Ilustración cuando “...el concepto de una comunidad distintiva de críticos y expertos surgió claramente entre los filósofos ... quienes asumieron que el criticismo y la experticia podían combinarse en proyectos intelectuales tales como la

famosa *Encyclopédie ...*" (Kramer, 1996, p.30). Esto da inicio además, al incremento de quienes no sólo viven *para* las ideas, sino que también viven *de* ellas, propiciado por el desarrollo de las distintas posibilidades de transmisión y multiplicación de los mensajes, léase imprenta, para empezar (Bobbio, 1996).

Así, la idea de la oposición entre la crítica social y la experticia – en lo cual subyace la dicotomía entre la teoría y la práctica –, se convirtió en punto de discusión entre quienes le señalaban al intelectual la responsabilidad de la crítica al orden establecido, en una suerte de conciencia de la sociedad, que le permitiera a ésta encontrar los mejores caminos hacia el progreso, en condiciones de libertad e igualdad (Voltaire, por ejemplo) y quienes veían a los intelectuales como expertos, mas interesados en el poder y el prestigio que en la crítica – Rosseau, por ejemplo (Kramer, 1996).

Para algunos autores esta última variante es la que ha prevalecido en la sociedad moderna industrializada, donde predomina la racionalización de la vida social y los intelectuales "tecnocratizados" sirven a los intereses del poder hegemónico, aunque no descartan la existencia de una contrahegemonía – ubicada fundamentalmente en la educación superior – pero con poca coherencia como para ser realmente efectiva (Boggs, 1993).

Lo cierto es que este doble y aparentemente incompatible papel – presente a lo largo del debate acerca de los intelectuales desde el siglo dieciocho hasta nuestros días, en las elaboraciones teóricas producidas por distintos pensadores, entre quienes destacan Gramsci, Habermas y Foucault² – adquiere mayor importancia en la medida en que la proliferación de ellos y la creciente importancia social de su rol, en tanto se institucionalizó su labor, significó a su vez, un movimiento cada vez mas importante de los intelectuales – cualquiera sea su orientación – desde los "salones" hacia las universidades, donde prácticamente se establecieron, llevando a su interior el debate inconcluso.

Puede decirse entonces que, siendo el concepto de intelectual el antecedente mas cercano de lo que hoy identificamos como los académicos, toda la discusión acerca de su papel de cara a la sociedad, reproduce la polémica centrada en su responsabilidad política, hoy alimentada por los nuevos elementos presentes en el proceso de transición que vivimos.

2 La discusión en torno a los planteamientos de estos pensadores y lo que tales ideas implican en el papel que hoy cumplen los intelectuales y – por extensión – los académicos, requiere de un tratamiento especial que rebasaría el objetivo de este trabajo.

Los intelectuales: ¿quiénes son?

Aceptado que el intelectual se “desdobla” en el académico por lo menos en cuanto al origen de éste se refiere, es necesario retomar el hilo de su conceptualización teórica, ya que ello permite reunir una serie de elementos para comprender al académico universitario de hoy.

En primer lugar – aunque resulte de extrema simplicidad – podría decirse que el intelectual es aquel que trabaja en función del desarrollo de ideas, su manipulación y difusión, con lo cual estamos estableciendo una primera diferencia, con quienes no podrían ser considerados como intelectuales, ya que aunque la fuente básica de su acción como seres humanos sea el pensamiento, “... el ‘conocimiento cotidiano’, mucho del cual es tácito, es un aspecto integral del trabajo manual” (Aronowitz & DiFazio, 1994, p.178).

Por otra parte, los intelectuales son productores de “estilos de pensamiento” desarrollados a partir de “... el dominio pre-teórico de las visiones del mundo” (Nelson, 1992, p.37). Esto es, los intelectuales son los responsables de sistematizar y dar forma a las concepciones del mundo y de la vida, que poseen los distintos grupos sociales y, en tal sentido, se constituyen en lo que pudiera ser considerado – de acuerdo con Gramsci – en intelectuales orgánicos, en razón del grupo específico al cual responden, particularmente si se trata de las clases hegemónicas.

Lo anterior implica la necesaria discusión acerca de la posición de clase de los intelectuales, que no puede ser obviada en una reflexión como esta. ¿Pertenece a una clase social determinada o son portavoces subordinados de las clases dominantes? Con relación a ello algunos autores – sobre todo inspirados en la corriente marxista – asumen una posición negativa y, por lo tanto, les atribuyen una condición de subordinación, según la cual los intelectuales actúan como simples hacedores y transmisores del discurso hegemónico, propio de la clase dominante en su búsqueda y mantenimiento del poder político.³

Para otros autores esta explicación cada vez se hace mas inoperante al no dar cuenta de cómo los cambios en la producción, introducidos por el desarrollo de las nuevas tecnologías, están afectando la organización social, por lo que plantean una relativa independencia de pensamiento de los intelectuales, que les podría llevar a constituirse en

³ El representante mas importante y quizás mas claro de esta posición parece que continúa siendo Gramsci.

una nueva clase social, cuya presencia e influencia estaría garantizada en tanto poseen el control de la fuerza de producción mas importante en el mundo de hoy, como lo es el conocimiento intelectual legítimo. Estaríamos hablando de lo que Brunner (1994, p.9) llama "analistas simbólicos", es decir, los que se ocupan de

actividades que tienen que ver con la identificación, la solución y el arbitraje de problemas mediante la manipulación de conocimientos ... ganan su vida con la manipulación de símbolos: datos, palabras, representaciones orales y visuales; ... [y están] sujetos al efecto de una rápida globalización de los mercados.

Por otra parte, no puede obviarse que no todo trabajo intelectual está legitimado social y políticamente de la misma manera, y ello genera divisiones internas que conspiran contra la constitución de los intelectuales como una clase homogénea, ya que el referente que permitiría identificarlos como tal, no está en las esferas económicas, políticas o ideológicas, sino en las ideas que transmiten y el contexto en el cual lo hacen⁴ (Aronowitz & DiFazio, 1994).

Vistas estas posiciones puede decirse que los intelectuales constituyen una categoría social caracterizada por un grado extremo de heterogeneidad, que no permite considerarlos como un todo estructurado y organizado, capaz de producir una visión del mundo que les sea propia, común y homogénea, ni mucho menos atribuible a una sola clase social, ya sea ésta la clase dominante o no, ya que ello dependerá del tipo de ideas producidas y del contexto en el cual lo hagan. En tal sentido, los intelectuales no son ni simples "técnicos" de la producción del conocimiento, ni tampoco "auxiliares" de una clase social determinada. Lo cual no quiere decir sin embargo, que sean ajenos a la confrontación política, sino que su papel en ella dependerá de su actuación en un determinado momento y contexto (Ibidem, 1991).

Y los académicos: ¿quiénes son?

Desde sus orígenes, la universidad ha estado vinculada a los intelectuales; ya sea en el modelo centrado en los estudiantes – propio de

⁴ Esta posición es mantenida por los que participan de las corrientes críticas cuyo basamento original es el marxismo, aunque de cierta manera adaptado a las nuevas condiciones. Entre ellos algunos de los mas destacados son Gouldner, Aronowitz y Giroux, entre otros.

Bologna, Italia – o en el modelo magistral de París, en ambos se trató de la congregación de estudiantes alrededor de los maestros mas destacados en teología, medicina o leyes (Perkin, 1987). Tal característica se mantuvo mas o menos estable desde el medioevo, con los altibajos que caracterizaron los siglos XVII y XVIII, hasta los dos últimos siglos que han visto el resurgimiento de la institución y el consiguiente reforzamiento de la universidad, como el espacio dominante en la producción de conocimiento intelectual (Ibidem).

Tal resurgimiento trajo consigo no sólo el incremento en el número de intelectuales – a quienes se llamó entonces académicos, dada su permanencia y vínculo con la institución académica por excelencia: la universidad –, sino que éstos – sin dejar de ser intelectuales, en tanto manipuladores, productores y difusores de conocimiento –, también son cada vez mas, profesionales asalariados, lo cual ha significado una de las transformaciones mas importantes no sólo para estas instituciones, sino para la comunidad de los intelectuales, quienes en este proceso de profesionalización se han visto confinados, en algunos casos, a espacios ajenos a las universidades,⁵ pero donde se les reconoce – quizás mas – su valor como pensadores.⁶ Se establece así una clara diferencia entre los académicos y los intelectuales, como consecuencia de la profesionalización de los primeros.

Entender este proceso de profesionalización pasa por tener en mente que las universidades modernas, como instituciones cada vez mas complejas, han alcanzado altos niveles de burocratización (Perkin, 1987), por lo que la pertenencia de los académicos a ellas, supone la presencia de ciertos parámetros que marcan la diferencia con los intelectuales; primero, una *ocupación o empleo*; segundo, que tal empleo depende de un salario establecido por la institución o por el Estado (Altbach, 1977); tercero, que ésto además implica que los académicos deban organizarse para negociar los términos y las condiciones de su trabajo; cuarto, que, a pesar de todas estas condiciones que podrían parecer

5 Si bien durante un cierto tiempo parecía que los académicos sustitúan a los intelectuales en muchas esferas, en los años recientes, éstos últimos han comenzado a destacarse nuevamente, probablemente como consecuencia del desarrollo técnico de las telecomunicaciones y de los centros de investigación y desarrollo externos a la universidad, por ejemplo.

6 Con relación a esto, creo interesante señalar lo que considero es el mejor ejemplo de los intelectuales cuya labor se desarrolla fuera o al margen de la universidad, se trata de Foucault y Derrida (entre otros pensadores franceses) de quienes Bourdieu (1990, p.xviii) afirma que "... mantenían posiciones marginales en el sistema universitario el cual a menudo los descalificó para conducir investigación...".

adversas, los académicos siguen manteniendo un control relativo sobre su trabajo (Schwartzman, 1994).

Bajo estas premisas, un análisis superficial podrá señalar que este conjunto de elementos hacen de la profesión académica "la profesión por excelencia" (Parsons, 1974, p.125), en tanto se percibe en ella la identificación y compenetración de los miembros con las actividades propias del oficio y entre sí, así como la centralidad de su desempeño laboral, en la imagen que como grupo tienen (De Venanzi, 1990). Ello teniendo como referencia su denominador común como lo es "...la manipulación del conocimiento..." (Clark, 1983). Sin embargo, si sometemos el problema a un análisis más riguroso, nos encontramos con que el asunto es mucho más complejo, dadas las múltiples aristas que presenta la "profesión académica", las cuales hacen referencia a su carácter altamente heterogéneo.

Comprender quiénes son los académicos pasa entonces por plantear, por lo menos, la presencia de dos dimensiones contextuales, de acuerdo con el referente del cual se parta; en tal sentido, puede decirse que si el punto de referencia son las disciplinas, el análisis debe destacar lo concerniente al hecho de ser un *ocupación o empleo*, por una parte y por la otra, al relativo control de su trabajo. Ahora bien, si se trata de que el referente es el medio en cual se desarrolla la profesión, tendrá que considerarse lo que tiene que ver con el salario y los procesos de sindicalización que se están produciendo entre los académicos.

Sin embargo, es necesario aclarar que esta delimitación sólo se hace con fines expositivos, ya que en la realidad, ambas dimensiones se entrecruzan y son interdependientes.

Las disciplinas como referente

En primer lugar, el hecho de tratarse de una *ocupación o empleo* nos remite a la necesidad de contextualizar la profesión académica desde la dimensión que plantea el desarrollo de las disciplinas, en un proceso constante de división del trabajo académico (Becher, 1992). En tal sentido, algunos autores coinciden en señalar que, en tanto el desarrollo del conocimiento ha dado origen a una multiplicidad de disciplinas, cada vez más especializadas, no puede hablarse de una profesión académica, cuyo referente sea *el conocimiento*, ya que se trata de la existencia de diversos esquemas cognoscitivos, distintas configuraciones de valores, actitudes y socialización, propias de cada disciplina, que le

dan soporte a distintas y específicas “culturas disciplinarias” (Ibidem), las cuales no pueden ser reducidas a los límites que impone el considerar de manera homogénea la profesión académica, aunque efectivamente su característica definitoria mas importante sea la docencia (Altbach, 1977).

Por otra parte, a partir de que el referente de la definición de esta profesión como *ocupación* o *empleo* es la manipulación del conocimiento, otra consideración que surge en torno a su contextualización es la que tiene que ver con el alcance que ello tiene, lo cual ha permitido identificar dos tipos de académicos: a) los “cosmopolitas”, cuyo trabajo es de mas largo alcance, no sólo por su trascendencia en el tiempo, en vista de ser investigadores activos, además de docentes, sino porque en razón de ésto, también trascienden el horizonte limitado de su institución y se comprometen con sus pares de otras instituciones e incluso regiones y países; b) los “localistas”, quienes al contrario de los “cosmopolitas”, centran su trabajo en la enseñanza y la administración y su horizonte se circunscribe a su propia institución (Becher, 1992).

En segundo lugar, una de las características mas sobresalientes de la profesión académica es el relativo control de su trabajo, derivada de la naturaleza misma de la actividad intelectual, lo que además le da un carácter especial ya que, mientras las otras características la conducen hacia su burocratización e identificación con el funcionario público o del *civil service*, ésta le da una independencia que la iguala a las profesiones liberales.

En tal sentido, los académicos tienen cierta autonomía con relación a su tiempo y a sus condiciones de trabajo, por ejemplo, así como en lo que tiene que ver con el establecimiento de “...normas profesionales de competencia e integridad” (Parsons, 1974, p.39), que regulan los procesos de selección, iniciación, ascenso y, en general, todo lo concerniente a la trayectoria académica; además, el ejercicio de la libertad académica – aún cuando, muchas veces amenazada desde dentro, tanto como desde fuera de la institución – implica la libertad para estudiar, investigar, enseñar y publicar acerca de asuntos pertinentes al conocimiento intelectual, sin interferencia por parte de colegas, autoridades o cualquier otro grupo o institución.

A lo anterior habría que añadir que tampoco en cuanto a esta característica puede hablarse de homogeneidad en la profesión académica, ya que la libertad académica varía entre las instituciones, actualmente sometidas en contrapartida, a los procesos de *accountability*, lo cual origina una fuerte tensión entre la universidad como una institución burocrática y, a la vez, como el espacio para el desarrollo del conocimiento

intelectual (Altbach, 1977) y genera una amenaza – real y/o potencial – a las libertades que los académicos exigen para poder funcionar adecuadamente (Clark, 1987).

El medio como referente

La labor que llevan a cabo los académicos universitarios, cada día recibe las influencias del medio en el cual se desarrolla, entendiendo por tal desde la propia institución hasta la sociedad en la cual se encuentra. De allí que es necesario precisar algunas ideas en torno al hecho de que los académicos son asalariados que, además, deben negociar con las autoridades institucionales o con el Estado sus condiciones de trabajo, entre las cuales el salario es sólo una de ellas.

Una de las consideraciones que sugiere lo anterior es que las condiciones salariales de los académicos universitarios han venido desmejorando – en general – a medida que se produjo la expansión del sistema, por lo cual se habla de la proletarianización profesional y, en consecuencia, de la pérdida de prestigio social por parte de la profesión. Todo ello presiona a los académicos a negociar en términos mas duros con el Estado y/o con las autoridades institucionales, para lo cual la vía mas expedita parecen ser los sindicatos, cuya tendencia es hacia el logro de normas y procedimientos uniformes que garanticen el salario, tanto como condiciones de trabajo, desde estabilidad hasta financiamiento para la investigación.

En algunos casos, ésto puede derivar en un sentimiento de lealtad hacia la institución en tanto ella les da trabajo y salario, sin embargo, sus motivaciones y valores pueden aludir a otra cosa, su paso por la academia puede ser transitorio y, aunque no lo fuera, los académicos tendrían en este caso una mayor inclinación hacia otros intereses que no son los de la universidad, ni los de la propia disciplina (Schwartzman, 1994), acercándose así mas a un trabajador asalariado con ciertas capacidades y destrezas, que a un intelectual dedicado al pensamiento creador.

En definitiva, las restricciones impuestas por el medio – expresadas aquí, en términos de salario y sindicalización – presionan hacia el extremo en el cual la profesión académica, cada vez mas, se asume como un engranaje de la burocracia creciente de las universidades, ya que en la medida en que los académicos, a través de los sindicatos buscan proteger y aumentar sus privilegios, la sociedad tiende a exigirles mayor rendimiento de cuentas (*accountability*), con lo cual se revierte de

nuevo la discusión hacia la naturaleza autónoma de la profesión, de esa manera amenazada, tal como ya discutimos.

Por otra parte, teniendo como referente el medio en el cual se desempeña la profesión, no puede obviarse el papel relevante que la sociedad también le atribuye y que es expresión de su legitimación, por lo que en la medida en que los académicos estén en el centro de la discusión acerca del desarrollo social, su independencia y autonomía será mas amenazada por las fuerzas externas (Altbach, 1977).

Otro factor a considerar con relación al medio, es el que tiene que ver con la posición de clase social del académico universitario; en tal sentido, la discusión que ello genera es ajena al terreno en el cual se plantea en el caso de los intelectuales, pues a los elementos ya señalados de salarización y sindicalización, presentes en la profesionalización de los académicos, hay que añadir los efectos que la expansión de la institución ha tenido en términos del ascenso social que ha permitido que la heterogeneidad prevalezca en su origen y pertenencia de clase.

En síntesis, la respuesta a la pregunta acerca de quiénes son los académicos y si ellos constituyen una profesión, dependerá de cual sea el punto de referencia que se tome. Sin embargo, cualquiera que éste sea, lo que si está claro desde el principio es que tanto si se parte del contexto de las disciplinas, como si se parte del medio en el cual se desarrolla la profesión, no puede hablarse de una profesión homogénea, sino con un alto grado de heterogeneidad, que determina la forma en que en definitiva 'manipulan el conocimiento' como la materia prima de su trabajo.

¿Hay una cultura académica?

Las consideraciones hechas hasta aquí plantean como consecuencia lógica la pregunta acerca de hasta qué punto puede hablarse de una cultura académica. Esta perspectiva resulta además interesante porque ella sugiere que en la institución se produce "...una forma compartida de pensar y una manera colectiva de comportarse." (Clark, 1987, p.12).

Sin embargo, al igual que en la definición del académico, la respuesta está mediada por el panorama múltiple que ofrecen las disciplinas, tanto como por la diversidad de condiciones sociales que rodean el desempeño de la profesión, las cuales van desde las que ya mencioné, de salario y sindicalización, hasta los antecedentes socioeconómicos, psicosociales y educativos de los académicos.

La reflexión desde el nuevo rol del conocimiento

Los adelantos tecnológicos, el desarrollo de la ciencia, pero sobre todo, la enorme velocidad en la que se han producido y los profundos cambios que éstos han generado, permite que los autores hablen hoy del conocimiento como la fuerza productiva mas importante. Ello supone que "...un conjunto de distintas prácticas cognitivas y sociales están comenzando a surgir..." (Gibbons et al., 1994, p.3).

Estas nuevas formas de conocer tocan de manera directa a las instituciones que tradicionalmente se han ocupado de la producción de conocimiento, como son las universidades y dentro de ellas, muy particularmente a los académicos – quienes como hemos visto, son los manipuladores por excelencia del conocimiento –, de allí que se hace necesario destacar someramente algunos de los rasgos mas sobresalientes de este cambio y cuáles son los posibles escenarios en los cuales se resalta el papel del conocimiento (García Guadilla, 1996).

Así, los rasgos mas sobresalientes de esta nueva forma de producir conocimiento tienen que ver con el trastocamiento de muchas de las cosas que se tenían como verdades científicas inmutables, propias de la llamada "ciencia clásica", caracterizada por ser "objetiva" ya que trataba de acercarse al objeto haciendo abstracción de todo lo que pudiera significar subjetividad; "predecible" porque conociendo las condiciones iniciales de un fenómeno y las leyes naturales que lo regulan, se pensaba que se podía predecir el resultado de su evolución; "determinista" porque suponía que era capaz de identificar con exactitud las causas de un fenómeno; "precisa" ya que toda la actividad científica tenía como meta alcanzar la precisión mas absoluta posible, a través de instrumentos de medición cada vez mejores; "empírica" porque desechara como ajeno a la ciencia todo aquello que no pudiera ser experimentado de alguna manera; "simple" porque entiende que la realidad es simple y puede ser descompuesta en partes para comprenderla mejor; "ordenada" porque supone que el saber debe estar organizado de acuerdo con cánones – establecidos por la propia ciencia y los científicos – propios de disciplinas particulares, encargadas cada una del estudio de una parcialidad de la realidad.

Ante estas verdades establecidas como inmutables, la nueva ciencia – que ha alcanzado ya a las ciencias sociales – se propone como "no objetiva", si ello supone la abstracción del sujeto que conoce; "no predecible" en tanto la realidad no lo es, ya que las trayectorias de los fenómenos no son lineales; "no determinista" porque dada la complejidad de

la realidad, no es posible establecer las causas de un fenómeno; "no precisa" en tanto cuestiona la posibilidad misma de poder alcanzar la precisión; "no empírica" porque reconoce la existencia de realidades que no podemos aprehender por la experiencia sensible; "compleja" porque la realidad es demostrablemente compleja y no reducible, por lo tanto, a pequeñas parcelas (Wallerstein, 1992, 1996).

Todos estos planteamientos presentes en el nuevo paradigma científico subrayan la necesaria transdisciplinariedad del conocimiento y la emergencia de nuevos actores, provenientes de distintas disciplinas y con diferentes antecedentes, además de nuevos escenarios de producción del conocimiento, en los cuales predomina el contexto de aplicación o uso y adquiere relevancia el conocimiento tácito (Gibbons, 1994).

Por otra parte, es importante destacar – en virtud de la relevancia que ello tiene en cuanto al nuevo rol del académico – que el nuevo modo de producción del conocimiento impone, como criterio de validez, la contextualización social, así como el desarrollo de "estrategias personales de sobrevivencia científica" que atañen directamente a los investigadores, particularmente dentro de las instituciones universitarias, las cuales, como escenarios de producción de conocimiento, entran en interacción con otros escenarios – especialmente de la industria – generando mecanismos de comunicación a través de los cuales se transmiten valores y patrones de la cultura corporativa (Ibidem).

Si bien los rasgos más importantes de este nuevo modelo de producción del conocimiento se han hecho evidentes de manera definitiva en los países desarrollados, en los menos desarrollados el proceso, aunque no presenta signos tan evidentes, sin embargo, en mayor o menor medida – dependiendo del país – aparece como el modelo que sustituirá definitivamente los esquemas de la ciencia clásica y, en consecuencia, de su asiento y desarrollo en las universidades, donde tradicionalmente ha tenido su espacio.

Esto plantea entonces, la necesidad de revisar aunque sea muy someramente los posibles escenarios en los cuales se visualiza el papel que puede tener el conocimiento en los países no desarrollados, en particular en América Latina (García Guadilla, 1996) ya que de ello dependerá la intensidad y la forma como se asuma el nuevo modelo, teniendo en cuenta que ello afecta de manera directa lo que se puede esperar del nuevo rol del académico en este contexto.

En tal sentido, tres son los escenarios posibles: el escenario de mercado, en el cual el conocimiento como cualquier otro bien, se somete a las reglas del juego del mercado, en tanto lo económico prevalece como

mecanismo de organización, regulación y control de la vida social. En este escenario, dado el alto valor económico que se le asigna al conocimiento "...la lucha por el poder está cada vez mas asociada a la lucha por la distribución del conocimiento y la posibilidad de acceder a él" (Ibidem, p.21).

El otro escenario posible es el del desarrollo sustentable, el cual de manera muy gruesa podría resumirse en que plantea un desarrollo que, al tiempo que reconozca las necesidades de las grandes mayorías, respete al planeta, conservándolo. Esto sugiere el reconocimiento de la necesaria solidaridad humana y el respeto por las culturas locales. Desde el punto de vista del valor que se le atribuye en este escenario al conocimiento, está presente la idea de que éste es un bien inagotable y por lo tanto, el acceso a él y su distribución deben ser procesos absolutamente democráticos (Ibidem).

Finalmente, el tercer escenario es el de la solidaridad, el cual debido a que representa un discurso contrahegemónico y contrasistémico, rechaza las nociones de desarrollo y planificación, como ideas trasplantadas de realidades que nos son ajenas y propone, en el plano del conocimiento, el cuestionamiento de muchas de las verdades inmutables de la ciencia clásica, entre las que las mas importantes tienen que ver con el desconocimiento de la objetividad, la precisión, el empirismo, la ciencia homogénea, la unidisciplinariedad, entre otros (Ibidem).

Vistos de manera tan somera los posibles escenarios sólo resta señalar que aunque el primero de ellos – el del mercado – aparece como el mas factible y de hecho implementado en muchos países, sin embargo los otros dos se presentan como los deseables y quizás probables. Decir qué va a pasar no es objeto de este trabajo, ni tampoco pienso que sea posible predecirlo, dadas las cambiantes condiciones sociopolíticas de la mayoría de los países no desarrollados y particularmente, los de América Latina; lo que si puede hacerse es aproximarse al análisis de la manera en que el nuevo modo de producción del conocimiento, en el contexto de cada uno de los escenarios, plantearía el papel del académico universitario.

El papel de los académicos: ¿expertos o críticos?

En virtud de lo anterior, parto de la hipótesis de que este papel tiene profundas implicaciones sociopolíticas y que, dependiendo del escenario, el académico actuará como experto o como crítico, con lo cual cerraría – por ahora – el círculo de la discusión, volviendo nuevamente a los plan-

teamientos hechos anteriormente, con relación al papel que se le ha atribuido al intelectual como actor político.

Si partimos de manera global de lo que aparece como el nuevo modo de producción del conocimiento, hay que señalar que éste le plantea al académico el reto de modificar muchos de los esquemas bajo los cuales ha venido funcionando, privilegiando en él su papel como experto, sin que ello signifique asumir en tal papel, la connotación negativa que algunos le han atribuido, de búsqueda de poder y prestigio.

En primer lugar, hay que revisar la definición de los límites de las disciplinas – cuestionados en el nuevo modelo – que le han servido de patrón de identificación profesional, generador de verdaderas “culturas disciplinarias” cuyas especificidades son cuestionadas y, en algunos casos, puestas en duda por la transdisciplinariedad propuesta en el nuevo modelo.

Por otra parte, en la medida en que se privilegia el conocimiento tácito y la comunicación con otros escenarios imprime más flexibilidad a la labor de investigación, la comunidad de los académicos tendrá que ser mucho más abierta a aceptar y, en gran medida, adoptar los valores y patrones de la cultura corporativa, sobre todo en el desarrollo de estrategias de sobrevivencia científica, que se harán cada vez más necesarias, en la medida en que estos otros espacios de producción del conocimiento estén en mayor capacidad de responder a los requerimientos de la sociedad.

En breve, se puede decir que bajo este modelo, alcanza su más lograda expresión el académico concebido como un experto o “analista simbólico”, capaz de manipular el conocimiento que le permita identificar, solucionar y arbitrar los problemas (Brunner, 1994). En tal sentido es de destacar que lo que se privilegia en todas estas discusiones es la actividad de investigación, dejando en un segundo plano la labor del académico universitario como docente, lo cual podría estar vinculado con cierta tendencia, bastante extendida, a identificar la universidad con la investigación y dejar la docencia a otras instancias de la educación superior.

Llevado lo anterior al plano de los distintos escenarios posibles para los países no desarrollados, puede decirse que de persistir el modelo de mercado, el académico universitario tendría que ajustarse – bajo presiones tanto externas, como internas – a las condiciones que lo definen como experto o “analista simbólico”, acentuando las características que le impriman competitividad a la profesión, al tiempo que se consolidan nuevas formas de segregación y de exclusión, que profundizan las diferencias entre las instituciones de educación superior y dentro de ellas.

En el caso de los otros dos escenarios deseables, una de las condiciones para su viabilidad pasa por el papel que como críticos sociales desempeñen los académicos universitarios. En tal sentido es pertinente señalar que ello implica que "...los académicos asuman el rol de ... intelectuales trabajando dentro de los contextos locales e institucionales en función de extender las esferas del aprendizaje crítico [y] la justicia social..." (Giroux, 1995, p.8).

Este planteamiento – mas sincero en cuanto reconoce las implicaciones políticas del papel del docente en tanto mediador de la relación poder/conocimiento – olvida sin embargo que las universidades son espacios plurales por naturaleza, en los cuales debe privar el diálogo, la discusión y la negociación de tal manera que, sin descuidar su compromiso con las fuerzas sociales que se mueven al margen del mercado y – en ocasiones, contra él – el académico universitario sepa aprovechar las ventajas que ofrece el nuevo modo de producción del conocimiento, asumiendo que "...una forma contemporánea de mantener una posición crítica es: hagamos ciencia pensando en largo plazo, no pensando sólo en las demandas inmediatas del que nos contrata." (Kent et al., 1994, p.25).

En los tres escenarios se hace evidente que el papel del académico tiene una alta dosis de protagonismo sociopolítico, en el que se expresa la relación entre poder y conocimiento, cada vez mas decisivas de acuerdo con las transformaciones que se están produciendo a todos los niveles y, en particular, en la producción del conocimiento y su consiguiente distribución.

Una reflexión final

De mas está decir que la discusión aquí planteada sólo sugiere aproximaciones al análisis de la definición de lo que son los académicos universitarios de hoy, dadas las nuevas condiciones sociales e institucionales en las que les toca desempeñarse.

Condiciones que en el caso de América Latina adquieren una significación especial, sobre lo cual he llegado a la conclusión de que hay dos premisas de las cuales debe partir el análisis:

- Reconocer que en América Latina la discusión debe ser planteada en términos diferentes toda vez que si bien la región no escapa a las transformaciones que en todos los ámbitos se están produciendo a nivel mundial, también cuenta con una tradición diferente, que en el caso de los académicos tiene un enorme peso a la hora de su defini-

ción como tales y como intelectuales públicos con responsabilidades sociales que van mas allá del modelo "revolucionario" de los años 60.

- Dar cuenta de que "la opción democrática como método de cambio en la educación superior, no puede ser tomada como un elemento prescindible ... Y ésto implica incluir a todos los actores." (Aboites, 1995, p.30), entre los cuales el académico universitario sigue siendo "clave".

PARRA-SANDOVAL, M. C. Some thinking about the academic professors. *Perspectivas (São Paulo)*, v.23, p.51-68, 2000.

- **ABSTRACT:** *One of the main characteristics of the Social Sciences at the beginning of the 21st century is the recovery of the individual. From this point of view, it is very relevant the analysis of the academic professors as the agents that build the institution in which they develop their social life. The aim of this paper is to establish some relation between the theoretical debate and the academic job in its most specific aspects: 1^o it is considered as an employment, 2^o as an employment, it has a salary paid by the state or by a private institution, 3^o it means that they have to meet in unions to negotiate salaries and working conditions, and 4^o in spite of all those aspects that could be considered adverse, the academic professors can nevertheless have a relative control of their work. In Latin America this question is strongly intensified by the fact that the regional universities have special characteristics that make them different when the time comes for revindication and the maintenance of their status of public employees and philosophers.*
- **KEYWORDS:** *Academic professors; academic jobs, university; disciplines; academic culture.*

Resenãs bibliográficas

ABOITES, H. Luz en el monte Tabor ¿el fin de la experiencia latinoamericana de educación superior? *Universidad Futura*, v.6, n.18, 1995.

ALTBACH, P. *Comparative perspectives on the academic profession*. New York: Praeger, 1977.

ARONOWITZ, S., DIFAZIO, W. *The jobless future*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1994.

ARONOWITZ, S., GIROUX, H. *Postmodern education: politics, culture and social criticism*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1991.

BECHER, T. Las disciplinas y la identidad de los académicos. *Universidad Futura*, v.4, n.10, 1992.

- BOBBIO, N. *Intelectuales. La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*. Nueva Epoca, n.310, 1996.
- BOGGS, C. *Intellectuals and the crisis of modernity*. Albany: State University of New York Press, 1993.
- BOURDIEU, P. *Homo academicus*. Stanford: Stanford University Press, 1990.
- BRUNNER, J. J. ¿El futuro ya alcanzó a la investigación educativa? *Universidad Futura*, v.6, n.16, 1994.
- CLARK, B. *El sistema de educación superior*. México, DF: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 1983.
- _____. Introduction. In: _____. (Ed.). *Perspectives on higher education*. Berkeley: University of California Press, 1987.
- DE VENANZI, A. *La Sociología de las profesiones y la Sociología como profesión*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1990.
- GAARDER, J. *El mundo de Sofía*. Santa Fè de Bogotá: Editorial Norma, 1995.
- GARCIA GUADILLA, C. *Conocimiento educación superior y sociedad en América Latina*. Caracas: CENDES-Editorial Nueva Sociedad, 1996.
- GIBBONS, M. et al. *The new production of knowledge*. London: Sage Publications, 1994.
- GIDDENS, A. *Modernidad e identidad del yo*. Barcelona: Ediciones Península, 1995.
- GIROUX, H. *Academics as public intellectuals*. Buenos Aires: Speech at the University of Buenos Aires, 1995.
- KENT SERNA, R. et al. Una conversación sobre la investigación educativa. *Universidad Futura*, v.6, n.16, 1994.
- KRAMER, L. Habermas, Foucault, and the Legacy of Enlightenment Intellectuals. In: FINK, L., LEONARD, S., REID, R. (Ed.). *Intellectuals and public life*. Ithaca: Cornell University Press, 1996.
- LYOTARD, J.-F. *La condición postmoderna*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1994.
- NELSON, R. The sociology of atyles of thought. *The British Journal of Sociology*, v.43, n.1, 1992.
- PARSONS, T. *El sistema de las sociedades modernas*. México, DF: Ediciones Trillas, 1974.
- PERKIN, H. The historical perspective. In: CLARK, B. (Ed.). *Perspectives on higher education*. Berkeley: University of California Press, 1987.
- SCHWARTZMAN, S. Academics as a profession: what does it mean? does it matter? *Higher Education Policy*, v.7, n.2, 1994.
- WALLERSTEIN, I. The challenge of maturity: whither social science? *Review*, v.XV, n.1, 1992.
- _____. Open the social sciences. *Items*, v.50, n.1, 1996.